

# MONOPOLIO BUROCRÁTICO «VERSUS» DESAFIO SOCIAL: EL PARTIDO COMUNISTA POLACO 1979-1984

Por WOJTEK LAMENTOWICZ

## SUMARIO

1. LA ESTRUCTURA MUERTA.—2. TRES ORIENTACIONES EN LA ELITE DEL PODER: PRIMERAS REACCIONES A LAS HUELGAS.—3. DOS MUNDOS DIFERENTES: ¿DE DÓNDE LLEGARON LOS REFORMISTAS DEL PARTIDO?—4. DUALIDAD POLÍTICA.—5. MOVIMIENTO DE ESTRUCTURAS HORIZONTALES.—6. EL SIGNIFICADO DEL CONFLICTO DENTRO DEL POUP.—7. LOS EFECTOS DEL CONGRESO.—8. ¿DESEABA LA ELITE DEL PARTIDO UN ACUERDO ESTABLE EN EL OTOÑO-INVIERNO DE 1981?—9. ¿«NORMALIZACIÓN» PRAGMÁTICA O DOCTRINARIA?—10. MÉTODOS REPRESIVOS.—11. DIVIDE Y VENCERÁS.—12. BLOQUEO DE NECESIDADES Y ASPIRACIONES.—13. FACHADAS Y MÁSCARAS DEMOCRÁTICAS.—14. INEFECTIVIDAD POLÍTICA DE LA «NORMALIZACIÓN».—15. CAMBIOS EN LA ELITE GOBERNANTE.

### 1. LA ESTRUCTURA MUERTA

Los niveles superiores de la nomenclatura siempre han conservado celosamente su monopolio del poder y de toda iniciativa organizada. Mientras ha gobernado despóticamente a la sociedad, la élite del poder nunca ha tenido necesidad de la actividad política de los miembros del Partido. De este modo, en los años setenta, los miembros de la nomenclatura se aislaron respecto de la base del Partido Comunista (POUP: Partido Obrero Unificado Polaco). Militantes de fábricas, oficinas y escuelas han sido útiles para el aparato dominante tan sólo para aplaudir sus siempre infalibles decisiones, para engrosar la masa de las marchas organizadas oficialmente, de las manifestaciones y de las obras públicas como «voluntarios», para figurar como mera materia

viva vacía de personalidad en las ceremonias rituales organizadas para rendir honores a «los líderes del Partido y de la nación», para crear una falsa apariencia de legitimidad del poder de la nomenclatura oficial.

La actitud de la elite del POUP respecto de los ciudadanos y de la base del Partido ha sido completamente instrumental. Ellos serían la herramienta —herramienta «parlante»—, pero hablando sólo «de forma responsable», «de modo constructivo», «dentro de las categorías que contempla la *raison d'état*». Muy a menudo, los ciudadanos y los militantes de base del Partido han sido solamente un instrumento silencioso, en especial cuando empezaron a generalizarse métodos de corrupción y de soborno, cuando las diferencias sociales comenzaron a ser más y más injustas para los trabajadores, cuando las esferas del poder se hundieron cada vez más profundamente en impotencia intelectual y desmoralización. Utilizando el lenguaje oficial «las masas del Partido» deben «cerrar filas» en torno a los líderes de la nomenclatura. El secreto y aislamiento de la elite del poder hubo de ser enmascarado tras numerosas fachadas institucionales encargadas de dar una apariencia de «profundización de la democracia socialista», de «consolidación de la unidad moral y política de la nación», o de escenificar «el constante crecimiento del protagonismo del Partido en la construcción y desarrollo de la sociedad socialista».

Desde el otoño de 1979 resultaban patentes la desconfianza y el criticismo creciente en las células de base del Partido. Las discusiones previas al VIII Congreso, celebrado en la primavera de 1980, fueron más animadas y atrevidas, a pesar de los grandes esfuerzos de los propagandistas del Partido para amortiguar las voces críticas. Como reacción frente a este movimiento de pensamiento crítico, al Politburó sólo se le ocurrió una solución: señalar una víctima propiciatoria. Piotr Jaroszewicz fue destituido del cargo de primer ministro y su puesto fue ocupado por uno de los jefes del aparato del Partido, Edward Babiuch. Los miembros de base del Partido no tenían suficiente poder (no habían sido organizados para defenderse a sí mismos de los dictadores de la burocracia central) para forzar cambio alguno de personal o un plan de reformas en el estilo y concepción del gobierno, y mucho menos para imponer un programa de indispensables reformas estructurales (Woodall, 1982).

A pesar del creciente malestar entre los miembros de base del Partido y de la multiplicación de las opiniones críticas de los intelectuales del mismo, la resistencia interna contra las camarillas dentro del POUP no habría dado ningún resultado sin los desórdenes de agosto de 1980 y las protestas organizadas por los obreros. La jerarquía de las altas esferas de la nomenclatura, resguardada por el secreto y la ficción estadístico-propagandística,

había sido totalmente impenetrable, tanto para los militantes de base del POUP, como para el resto de la sociedad polaca. Sólo las críticas provenientes del interior del Partido pudieron persuadir al Politburó y a la nomenclatura central, para iniciar un debate acerca de algunas limitadas reformas. El desamparo y la impotencia de los niveles más bajos en la estructura del Partido fueron proporcionales a la impunidad y a la (falsa, como se pudo ver después) omnipotencia de los niveles supremos de la burocracia del Partido. El mundo del trabajo y la esfera del poder han estado separados por discrepancias de intereses y diferencias de estimaciones.

Esta falsa conciencia, existencialmente infeliz e ideológicamente semidesleal, de cientos de miles de militantes de base, despertó finalmente de su letargo gracias al poderoso empuje de las huelgas que tuvieron lugar durante el verano de 1980. Mientras duró la resistencia de los Comités Interempresariales de Huelga en Gdansk y Szczecin, cuando nadie podía predecir si se firmarían los acuerdos de agosto, y mientras los medios de comunicación gubernamentales continuaban difundiendo una falsa concepción de las exigencias de los huelguistas, aparecieron numerosas declaraciones en órganos locales del Partido en favor de la firma de los acuerdos y de un compromiso pacífico y honesto.

Por lo menos una minoría de miembros del Partido, precisamente en este verano caliente, adoptó claramente una actitud solidaria con los huelguistas, insistiendo ante el aparato central del Partido para que se aprobasen los veintiún puntos de Gdansk. Decidieron apoyar a sus compañeros obreros, aunque la idea de sindicatos autogestionarios y la del derecho a la huelga sonara como un desafío herético a los oídos de los miembros del POUP. Sus dirigentes les habían enseñado durante décadas que estas exigencias eran una trampa de las «fuerzas antisocialistas», que el derecho a la huelga, igual que el derecho a una oposición política legal, era «contrario a los principios del Estado socialista». Por supuesto, después del Octubre polaco de 1956, muchos de los miembros del POUP dejaron de admitir la ausencia de críticas a los ideólogos del sistema. La fe ideológica en el sistema neoestalinista de tipo soviético había quedado bastante debilitada, y mucha gente que emprendió un examen de la conciencia del Partido tuvo la triste impresión de que dirigentes e ideólogos les habían engañado frecuentemente. No sólo porque hubieran cometido multitud de errores muy costosos, sino también porque con la «perpetuamente viva» ideología en los labios, habían defraudado deliberadamente a los miembros de base del Partido.

## 2. TRES ORIENTACIONES EN LA ELITE DEL PODER: PRIMERAS REACCIONES A LAS HUELGAS

El rígido aparato, con su limitada imaginación, estaba rodeado por un muro institucional compuesto de piedras tales como: los nombramientos y promociones de la nomenclatura, la censura y autocensura de ideas, la prohibición de crear facciones dentro del Partido gobernante, la prohibición de una oposición legal dentro del Estado, el lenguaje artificial de la ideología, la jerarquía cerrada de dependencias y temores... No sorprende, por tanto, que el aparato, que no había sido preparado para reaccionar con rapidez y flexibilidad, no supiera cómo proceder para iniciar las nuevas reformas, una vez confrontado, en agosto de 1980, con el gran desafío. El efecto combinado de estos desafíos fue percibido por los observadores como un enorme desfase en el muro institucional anteriormente mencionado, tras el que se había asegurado durante años la elite del poder.

El equipo de Gierek fue sorprendido por varios acontecimientos:

1.º La ola de huelgas, la mayor en la historia polaca de posguerra y de hecho, la más larga de la posguerra europea.

2.º Exigencias políticas que desafiaban abiertamente a principios de la nomenclatura del Partido, de la censura y del monopolio político.

3.º La explosión de las aspiraciones ciudadanas a participar en el poder, vinculadas a la exigencia de libertad religiosa y de soberanía nacional.

4.º La aparición de movimientos sociales independientes del aparato del poder (por ejemplo, «Solidaridad» de obreros, campesinos y artesanos, el Sindicato Independiente de Estudiantes, y núcleos de nuevos partidos políticos con programas no comunistas e incluso anticomunistas).

5.º El renacer de antiguos grupos y organizaciones sociales largo tiempo inactivos, dispuestos a no seguir cumpliendo la función de fachada del Partido (asociaciones de científicos y artistas, la Asociación de los Periodistas Polacos, la Asociación de los Estudiantes Socialistas Polacos, e incluso dos pequeños partidos aliados: el grupo católico PAX y el Partido Demócrata).

6.º La rebelión de las células de base del Partido contra la política del Politburó y los Comités de las Wojwodías, organización de las denominadas estructuras horizontales, que adoptaron el modelo centralizador leninista, atacando los procedimientos neoestalinistas de las jerarquías oficiales del Partido.

Todos ellos han sido desafíos de la opinión política surgidos del interior

del sistema político que, eventualmente, se vieron incrementados por las dificultades económicas: profundo estancamiento de la producción, enorme deuda externa con los bancos occidentales, carencia de alimentos... Situaciones para las que el aparato del Partido carecía de respuesta. Sobre todo para el problema cultural que suponía el descontento y la frustración de ocho millones de jóvenes con veinte años (Kuczyński, 1981; Nuti, 1981).

La desconfianza soviética y la de otros países del «socialismo real», junto con el creciente riesgo de una intervención armada exterior, conformaron un poderoso imperativo geopolítico que paralizó a la elite del poder polaco, forzándola a buscar soluciones en aquellos ámbitos que no afectasen a las esferas de los «principios universales del socialismo científico».

La sociedad, que hervía en intereses, resentimientos y reivindicaciones, se transformó en un océano que inundó el frágil y agitado barco del aparato del Partido, gobernado por un equipo más bien ineficiente. La explosión social reveló el inmovilismo y la parálisis de las estructuras burocráticas, lo que condujo al coma, a la implosión de las instituciones oficiales. Los estímulos internos y externos han sido reconocidos de manera diferente por las distintas facciones de la clase dirigente del POUP. Dogmáticos, conservadores y pragmáticos forman las tres principales orientaciones dentro de la elite del poder.

Los dogmáticos no dudaban que las huelgas de julio y agosto eran una forma de contrarrevolución que debía ser destruida por las fuerzas armadas. Creían en la doctrina e inocencia de los «principios universales» del comunismo soviético. Estaban dispuestos a pensar que el sistema era injustamente criticado por los obreros y que la doctrina no es responsable de crisis o estancamientos. Los conservadores no fueron motivados por ideas tan convincentes, pues a ellos sólo les interesaba preservar el monopolio del poder. Una ideología en la que muchos de ellos no tenían verdadera fe, pues no fue más que una herramienta muy útil para luchar contra el pensamiento independiente.

Los conservadores, como por ejemplo Edward Gierek, entonces creían que las huelgas se resolvían por medio de la persuasión, de nuevas promesas sociales, de aumentos de sueldo y de manipulaciones propagandísticas. El mismo Gierek estaba seguro de que si el Politburó le designaba a él para visitar personalmente el astillero «Lenin» en Gdansk, inmediatamente después de fundarse el Comité Interempresarial de Huelga (después del 16 de agosto de 1980), los obreros le darían una vez más su voto de confianza. Gierek creía firmemente que, al igual que en diciembre de 1970, a su pregunta «¿Me ayudaréis?», Walesa, en nombre del ISC y de la mayoría de los huelguistas, querría y podría contestar «Nos gustaría». Era tan ingenuo que el Politburó

no dio luz verde al proyecto de Gierek. La opción conservadora-paternalista estaba completamente acabada y condenada al fracaso.

La tercera facción, denominada aquí de los pragmáticos, estaba representada por Stanislaw Kania y Kazimierz Barcikowski, quienes no consideraban las huelgas como un movimiento contrarrevolucionario, ni como una subversión organizada por los servicios secretos occidentales, sino sólo como una protesta de los obreros frente al «desquiciamiento del socialismo». Los pragmáticos querían firmar los acuerdos con los comités de huelga en Gdansk y Szczecin, admitiendo el derecho a la existencia de sindicatos libres independientes de la nomenclatura del POUP, el derecho de los trabajadores a la huelga y la necesidad de reformas estructurales de la vida política y económica.

Antes de que la disensión entre estas tres facciones se resolviera en la sesión plenaria del VI Congreso del POUP, y se llegara a un acuerdo más o menos común, la primera reacción fue una especie de mezcla de dogmatismo y conservadurismo. El Secretariado del Comité Central hizo de ello una estimación aproximada, publicada el 19 de agosto de 1980, bajo la forma de «carta abierta» a todos los miembros del Partido; documento que respaldaba todos los antiguos mitos. La carta hacía hincapié en que las exigencias de «creación de sindicatos libres regidos por leyes electorales, desaparición de la censura de prensa y espectáculos» no son exigencias obreras. El Secretariado del Comité Central exhibió el mejor humor neostalinista cuando intentó persuadir a los activistas del Partido de que estos «slogans, de hecho están minando la base del sistema de la República del pueblo polaco, están socavando factores elementales de seguridad y existencia nacional, están intentando acabar con nuestro común y más alto bien: la unidad nacional...». Los líderes de las altas esferas del Partido entendieron que estas protestas ciudadanas tenían «sólo un objetivo: la creación de una cabeza de puente o incluso de una total libertad para el desarrollo de actividades antisocialistas, dirigidas contra los intereses más importantes de la clase trabajadora y del Estado». Los autores de este llamamiento no podían comprender que los «intereses de la clase obrera» no se pueden unir automáticamente en una frase con los «intereses del Estado». A ellos les gustaría, como es natural, forzar a los militantes de base a creer que esta frase («los intereses del Estado»), significa algo más que un ritual que enmascara intereses individuales y/o de grupo de la elite del poder.

En agosto de 1980, el Secretariado del Comité Central del POUP juzgó al antiguo y principal grupo de sindicatos, el CRZZ (CCS: Consejo Central de Sindicatos), como «un sindicato de clase que, *por su propia esencia*, es una representación de la clase obrera». El Secretariado explicó también que

«la exigencia de crear los denominados sindicatos libres ha sido proyectada por enemigos políticos». La frase subrayada anteriormente expresa la típica idea de la doctrina leninista-estalinista, según la cual pueden existir organizaciones, como por ejemplo Estado, Partido o Sindicato que representan a los obreros, incluso cuando ellos mismos se vuelven en contra de tales representaciones. La frase «por su propia esencia» significa simplemente que los trabajadores no entienden cuáles son sus «verdaderos» y propios intereses, que sólo el Partido y el aparato sindical oficial «por su propia esencia», sabe mejor cuál es la real o cuál la «falsa conciencia» de los obreros polacos. Si los dirigentes de ambos aparatos —el Partido y el CCS— no hubieran tenido tanto miedo de la opinión de la mayoría trabajadora, si no hubieran despreciado las exigencias de los obreros, no hubieran afirmado que «la exigencia de cambios a través de leyes electorales está dirigida contra los principios constitucionales de nuestro Estado», en cuyas autoridades políticas «está representada toda la nación». La ficción que supusieron las elecciones en Polonia fue tan evidente para los obreros polacos, incluso para aquellos que eran miembros del Partido, que no querían volver a tomar parte en ellas en el futuro. Pero el aparato político sabía que, en realidad, la verdadera elección del POUP tendría sólo una pequeña oportunidad de ser aprobada, y formar coalición gubernamental. Así, el monopolio del poder absoluto, encubierto bajo el eufemismo «función protagonista», podía olvidarse totalmente.

Se excluyó a los obreros de las instituciones que pretendían representar sus intereses, y la conciencia de la burocracia del Partido, en agosto de 1980, todavía estaba aislada de la realidad. Los burócratas eran prisioneros de slogans propagandísticos inventados y cortados para obligar a obedecer a la corriente crítica de la conciencia ciudadana. Cuán lejos llegaron las camarillas, tan seguras de sí mismas, se puede subrayar con otra cita de la ya mencionada declaración del Secretariado del Comité Central, fechada el 19 de agosto de 1980: «El establecimiento de una exigencia para suprimir el control de prensa (censura), en circunstancias en las que existen amplia libertad de prensa y expresión como fondo de intereses nacionales, constituye un intento de legitimación de publicaciones antisocialistas que amenazan los intereses nacionales, socavando nuestras alianzas y atacando la *raison d'état* polaca.»

Sin embargo, la respuesta conservadora y dogmática a tantas y tan acumuladas exigencias no debería haber conducido al uso de la fuerza contra los huelguistas. Pero una línea del grupo de los llamados pragmáticos llevaba ventaja, entendiendo la necesidad de negociaciones y acuerdos pacíficos. El encuentro secreto en Bialowieza —frontera rusa— ya estaba preparado,

incluso antes de la sesión plenaria del VI Congreso (noche del 5 al 6 de septiembre de 1980), en la que Stanislaw Kania resultó elegido primer secretario. Un grupo de altos jefes del Partido Comunista Soviético se encontró con cuatro miembros de la elite del POUP: Edward Gierek, Stanislaw Kania, Wojciech Jaruzelski y Stanislaw Kowalczyk. Probablemente entonces se pusieron de acuerdo en que Gierek fuera sustituido, debido a una deficiencia cardíaca, por Stanislaw Kania, quien intentaría continuar la línea pragmática de negociaciones y lentas reformas controladas. En segunda línea del *status quo* de Defensa esperaba Jaruzelski, quien pasaría a la escena principal cuando fallara la política de Kania. Los siguientes acontecimientos, desde la primavera de 1981, cuando Jaruzelski se convierte en primer ministro, hasta el 13 de diciembre de 1981, noche en la que se impuso la ley marcial, apoyan esta hipótesis acerca del contenido de los acuerdos ruso-polacos fijados al principio del mes de septiembre de 1980.

Los intentos pragmáticos para estabilizar la situación efectuados por Kania han sido señalados por el creciente movimiento de protesta como un conservadurismo democrático. Una facción dogmático-conservadora, representada por Stefan Olszowski y Stanislaw Grabski, fue tachada de impulso reaccionario cuyo fin era la confrontación mediante el uso de la fuerza. Las reformas dentro del POUP seguían las mismas líneas: atacaban y criticaban a Kania por su pereza, sus reacciones tardías y pasivas, su carencia de un claro programa de reformas y de voluntad para depurar la elite del Partido de burócratas corruptos e incompetentes. Los reformistas demócratas no pertenecían a la clase dirigente, como los pragmáticos: Kania, Barcikowski o Fiszbach, el primer secretario general de Gdansk. Ellos fueron parte de la clase trabajadora y, sin embargo, pertenecían al Partido dirigente y atacaban a la elite del poder desde «fuera» y «desde la base», exactamente igual que el movimiento «Solidaridad».

### 3. DOS MUNDOS DIFERENTES: ¿DE DONDE LLEGARON LOS REFORMISTAS DEL PARTIDO?

Agosto de 1980 revela una ya larga división de opiniones dentro del POUP. Desde hace muchos años la esfera del poder y la de los obreros discurrían por caminos separados. La primera era amplia desde un presidente de jurado hasta los miembros del Politburó, pasando por directores, administradores regionales y ministros. El objetivo común era simple: preservar la propia situación en la estructura del poder, evitar la participación de personas ajenas al esquema del mismo o determinar límites legales y culturales



abusando del poder. Los funcionarios consideraban el mundo que les rodeaba como una lucha por el poder y a cada opinión crítica u objeción a sus directivos, de buena gana se les tachaba de «intentar ir contra los principios», «socavar», «atacar» al sistema del poder que muchas veces identificaban con «principios del sistema socialista» (Marody, 1981).

La élite del poder consideraba a los obreros y a otros ciudadanos como herramientas para conquistar metas económicas. La actitud instrumental de funcionarios del Partido próximos a la clase trabajadora empezó a expresarse en el lenguaje mismo: a los obreros se les denominaba como «fuerza de trabajo», «potencial humano» o «material humano», y a los soldados como «fuerza viviente». La clase obrera era considerada como una masa informe con instintos primitivos, guiados principalmente por intereses materiales. A la gente, y sobre todo a los obreros, se les orientaba solamente hacia el consumismo y el ocio. Valores como la libertad de expresión, la participación en el poder, la cultura, la asociación y el autogobierno eran totalmente inútiles para ellos. Y si los obreros los incluían en sus demandas, como en Gdansk y Szczecin, no era porque ellos mismos las hubieran inventado. Sólo una conspiración de los intelectuales, apoyada e inspirada por la «subversión imperialista» podía ser la fuente de dichas exigencias políticas. Esta visión burocrática de la clase obrera asume que, intelectualmente, ésta carece de independencia, está desmoralizada, es fácil de manipular, se encuentra bajo una dependencia demagógica, maligna, astuta, y siempre oscilando entre la dócil inactividad y la rebelión anarquista. De tales supuestos deriva esa sensibilidad que la nomenclatura interpreta como una «vocación», una «misión» de enseñar a la clase obrera a resocializar elementos antisocialistas, de controlar totalmente su comportamiento, de «introducir una conciencia primaria en sus filas», por medio de una selección de informaciones que no deben ser «exarcebadas» ni «instigadoras» (Kostecki, 1982).

La actitud paternalista que algunos grupos de la élite del poder mantuvieron por largo tiempo y —en mi opinión— entre agosto de 1980 y el 13 de diciembre de 1981, nunca la sustituyeron por una asociación igualitaria y abierta a las necesidades de orientación de la clase obrera. Si alguna vez después de agosto de 1980 ciertas personas o pequeños grupos de la nomenclatura se condujeron de otra forma, fueron excepciones que confirman la actitud general.

Desde la base de la estructura del Partido, donde los obreros eran mayoría sobre el funcionariado del sistema, la realidad polaca parecía completamente diferente. La base del Partido, como otros grupos de trabajadores, divisaban el aparato del poder como una mafia de burócratas privilegiados, desdeñosos de la clase obrera, pero leales a instituciones internas dependien-

tes unas de otras. Más bien accidentalmente, el general Wojciech Jaruzelski dio en el clavo expresando este sentimiento en un discurso parlamentario el 24 de febrero de 1982: «... el Partido no es una secta ni un club de tertulias. El Partido habla con una sola voz.» La misma opinión, pero colérica y con intenciones críticas, tienen muchos miembros de base del POUP. Es cierto, el Partido no es una secta, porque tiene muy pocos idealistas fieles a dogmas ideológicos. No es una secta a causa de los oportunistas pragmáticos o semifieles, aunque los ejecutores políticos inactivos son mayoría. Tampoco es un club de tertulias, porque no se puede encontrar libertad de expresión dentro de sus filas. Su programa carece de imaginación, y las reuniones del Partido no son más que ritos y ceremonias sin ningún sentido político. Es verdad que «el Partido habla con una sola voz», la cual es líder permanente escudada en un aparato anónimo. Otras voces y opiniones se excluyen totalmente, son «por su propia esencia» hostiles, y están «socavando la unidad y las normas leninistas del centralismo democrático» (Rzeczpospolita, 1982).

#### 4. DUALIDAD POLITICA

Una imagen del Partido, tal como la antes mencionada, ha sido bruscamente cuestionada precisamente después de agosto de 1980. Muchos observadores, como por ejemplo el profesor Leszek Kolakowski, pensaban que antes de agosto de 1980 «esta calavera nunca sonreirá». La desconfianza se extiende bastante ampliamente y sólo unos pocos creen que el movimiento de miembros de base es posible dentro del Partido. Movimiento de emancipación para una reforma democrática del Partido para la reconsideración crítica de su criterio ideológico. Pero el trauma del mes de agosto dio rienda suelta a una tremenda energía crítica en la base de la pirámide que es el Partido. Muchos miembros del mismo tomaron parte en las huelgas del verano y del otoño de 1980 y, más tarde, alrededor de 800.000 miembros del POUP se unieron al nuevo movimiento sindical, movimiento que tiene como objeto ser independiente del... aparato del POUP. Una mayoría de los miembros del Partido y de «Solidaridad» rechazaron unánimemente la fórmula neostalinista del «papel dirigente del Partido» o la entendieron de manera completamente diferente a la de los ideólogos oficiales.

El movimiento «Solidaridad», que movilizó a personas de variopinta orientación ideológica —nacional-católicos, cristianodemócratas, socialdemócratas, radicales, populistas...— no fue muy penetrante con los miembros del Partido Comunista. Aunque sólo unos pocos de los militantes del Partido que se unieron a «Solidaridad» pudieron ser considerados como comunistas

en el sentido leninista-estalinista, algunos de los afiliados a «Solidaridad», sin embargo, los veían como miembros de un Partido responsable de una larga cadena de crisis, de muchas oportunidades desperdiciadas para la nación, de esperanzas sociales frustradas. En el otoño e invierno de 1980 la desconfianza de los miembros próximos al POUP no fue tan aguda en las filas de «Solidaridad». Prevalcieron el proceso entusiasta de construcción de una nueva estructura sindical y las confrontaciones con representantes estatales y del Partido. Poco después, en la primavera y el verano de 1981, durante la campaña electoral de las Comisiones Empresariales, representantes regionales y delegados para el I Congreso de «Solidaridad», se reveló el nivel de desconfianza. A veces no sólo desconfianza, sino también hostilidad hacia los miembros del Partido, que tuvieron un conflicto de conciencia verdaderamente dramático, al ser cuestionada su dualidad por «fundamentalistas» tanto del Partido como de «Solidaridad». Los doctrinarios del aparato del POUP comenzaron a exigir, antes del IX Congreso del Partido, que la gente que pertenecía a ambos debería abandonar la militancia en «Solidaridad» y declarar de qué bando eran. En otoño de 1981, el liderazgo del POUP tomó dicha decisión y convocó a los miembros del Partido a decidir dónde querían estar. En el otro lado, entre los activistas del movimiento «Solidaridad» era evidente el recelo y el resentimiento contra la gente del POUP. Sus oportunidades en las elecciones a representantes regionales y nacionales del Sindicato fueron menores en comparación con candidatos que podía atestiguar su larga actitud de oposición crítica hacia el gobierno y las estructuras del poder. En cambio, a nivel de empresa, los miembros del Partido fueron un obstáculo significativo en las elecciones de representantes locales del Sindicato (Touraine, 1982).

A pesar de las tensiones y de las tristes experiencias, la mayoría de la gente que padecía dualismo eligió solidarizarse con «Solidaridad», para tener una oportunidad de presionar a la esfera de la nomenclatura. Esta gente quería la reforma del Estado y de la economía, y creían que «Solidaridad» y la coalición de otras asociaciones agrupadas en torno al Sindicato eran una importante garantía en el intento de ruptura del monopolio político de la élite del poder, y de la creación de un tipo de gobierno nacional más liberal y pluralista. Entendían sobradamente que una remodelación pacífica y evolutiva del sistema político es imposible sin reformas dentro del Partido, y que sin organizarlo de manera democrática, sin derechos político-democráticos, no se podía ganar el apoyo social en un debate crítico y abierto, y conformarse con el uso de presiones administrativas y represiones. A los reformistas democráticos les hubiera gustado tener en el POUP líderes (no burócratas) e ideólogos (no propagandistas de segunda mano), que pudieran hacer frente

a los electores con argumentos sugestivos. Ellos sabían, mal que bien, que no podían sentirse orgullosos de su Partido. Lo único que querían saber era que no debían lamentarse por su causa, por sus corruptelas o por la insuficiencia de su aparato.

Era obvio que, después de agosto de 1980, el POUP no podía ser un partido de protesta, porque la protesta estaba dirigida contra el Partido y venía principalmente de fuera del mismo. Aquellos de sus miembros que se solidarizaron con «Solidaridad» estaban defraudados y sentían lástima de que su propia crítica fuera tan débil y no pudiera haber prevenido la creciente crisis de finales de los años setenta. Fue, sin embargo, el sentimiento de fraude lo que movilizó a la gente a actuar. Los obreros e intelectuales en posesión de un carné del Partido y con esperanzas vinculadas a «Solidaridad», creían que mediante la presión exterior y la actividad dentro del POUP acelerarían la evolución del Partido. Si éste no había podido gobernar bien, representar honestamente a la clase obrera, articular a tiempo las críticas y protestas, debería ser, al menos, el partido de las reformas sistemáticas. Se anticipó la remodelación del Partido: sus mandos, sus estructuras y programa, su estilo de gobierno, el lenguaje político, su actitud hacia los sindicatos y la Iglesia católica, hacia los campesinos y los intelectuales... Se anticiparon *muchos* cambios, muy *profundos* y muy *rápidos*. Pero la cultura burocrática neoestalinista y el agarrotamiento de la elite del poder opuso resistencia. Su miedo era proporcional al entusiasmo del movimiento social que exigía democracia económica y política (Staniszki, 1983).

##### 5. MOVIMIENTO DE ESTRUCTURAS HORIZONTALES

Resistencia, pereza, retrasos conscientes como respuesta a las demandas democráticas, buscando oportunidades para hacer efectiva la política de represión... Es la forma de ser natural de la nomenclatura. No debería sorprender a nadie. Pero la respuesta de los miembros de base del Partido les cogió desprevenidos. Fue un fenómeno *sin precedentes*, no solamente en la historia del POUP, o en la de cualquier otro Partido Comunista oriental, sino probablemente *en la historia del movimiento comunista internacional*.

Incluso antes de que Stanislaw Kania se convirtiera en primer secretario del Comité Central (en la noche del 6 de septiembre de 1980), se aceptó la petición de una rápida convocatoria de un Congreso Extraordinario del Partido. La ficción electoral que fue el VIII Congreso, carente de credibilidad para el Comité Central y el Politburó, y completamente inadecuado para ajustar el programa del POUP a las nuevas circunstancias, aceleró la creciente

ola de protestas dentro del Partido. Para mitigar la disminución de su poder y adaptarlo a la acción, muchos activistas locales intentaron adelantar la convocatoria. Los motivos básicos de estas peticiones convergían en el deseo de llevar a cabo la responsabilidad política desde el aparato del Partido, en las ganas de salir del vacío programático y en la necesidad de cambios estructurales dentro del Partido. En septiembre y octubre de 1980, se presentaron tres peticiones básicas, en el orden siguiente: personal, programático y estructural. Primera etapa: nueva dirección (elegida honestamente por voto secreto y no comprometida por la corrupción y el paternalismo). Segunda etapa: nuevo programa a largo plazo, y proyecto a corto plazo acerca de cómo salir de la crisis. Tercera etapa: nuevos estatutos para el Partido, que dejen bien claras las normas democráticas por las que ha de regirse, de manera que su aparato nunca tenga la oportunidad de gobernarlo de manera dictatorial. Tal jerarquía de valores deriva de la necesidad de demostrar a la gente que no pertenece al Partido, que dentro de él existen personas dignas de confianza, honestas y orientadas democráticamente. Confrontando esto con la crisis, ellos se sentían inocentes y con la habilidad como para limpiar la burocracia del Partido con sus propias manos (Lamentowicz, 1981).

La elite del poder hizo todo lo posible para retrasar la convocatoria del Congreso Extraordinario, porque los problemas personales (cómo juzgar responsables de la crisis a funcionarios del Partido) dominaron en la conciencia política común durante todo el otoño de 1980. El temor a los delegados hirviendo de rabia, elegidos durante la ola de fuertes emociones críticas, casi paralizó completamente a los burócratas. Para acabar con este estado de coma y bloquear la acción de las camarillas del Partido, en parte de su entorno maduró, desde octubre de 1980, una táctica de aumento de la tensión y de auto-organización. En este proceso pueden aislarse varias etapas:

1. Peticiones a las autoridades. Reclamando una campaña electoral más rápida, preguntando por la publicación, en forma de declaración del Comité Central, de las nuevas y más democráticas regulaciones del voto. Cuando estas peticiones no tuvieron eco y no produjeron ningún resultado, y los dirigentes del Partido comenzaron a ganar tiempo, los miembros de base realizaron sus propias elecciones independientes y autoorganizadas *sin autorización*, e incluso *claramente en contra de las prohibiciones* impuestas por el aparato del poder.

2. Estas elecciones populares de nuevos comités locales, principalmente de empresas, se llevaron a cabo según unas regulaciones simples y democráticas, creadas por la base de las células del Partido. Fueron elecciones directas. La lista de candidatos se abrió sin los nombres de los recomendados por la autoridades superiores. Se efectuaron mediante voto secreto. Se re-

chazaron todos los medios utilizados usualmente por los funcionarios para garantizar su preponderancia, y todas las manipulaciones acostumbradas, como inventar conferencias, lavar el cerebro de los candidatos, dirigir las discusiones o censurar los discursos. Se ignoraron las instrucciones electorales del Comité Central, procedentes de la década anterior, como una reminiscencia estalinista con sugerencias tales como: declaración pública del primer secretario de la Organización de Bases del Partido, hecha por el mismo poder ejecutivo, en una moción de instancias superiores. Fue un duro golpe para el aparato del Partido, acostumbrado a la dependencia vertical y a dictar todas las reglas del juego; por tanto, declaró que elecciones de esta clase eran ilegales, arbitrarias, incompatibles con sus instrucciones... e intentó cancelar sus resultados (Arato, 1982).

Al principio, sólo unas pocas organizaciones de obreros amenazaron con realizar tales elecciones, presionando al Comité Central para abrir oficialmente la campaña electoral y las discusiones acerca del programa del Partido. Los ejecutivos y primeros secretarios recién elegidos eran principalmente activistas jóvenes y dinámicos que no superaban la treintena, bien educados, se ganaron el apoyo de los electores con agudos discursos en los que criticaban a la elite del poder. Tales representantes, bien conocidos en Polonia, eran Zbigniew Iwanow, de la empresa Towimor, en Torun, o Marek Stankiewicz y Lech Witkowski, secretarios de los comités del Partido en la Universidad de dicha ciudad.

3. Autodefensa de las nuevas autoridades locales mediante la organización de convenios horizontales. Debido a los constantes ataques y al acoso de las camarillas de los comités urbanos y los de las Wojwodias, los nuevos representantes locales, procedentes sobre todo de universidades y grandes empresas modernas y elegidos democráticamente, intentaron autodefenderse y resistir. Para facilitarse el camino, utilizaron sus contactos sin autorización previa y sin utilizar los canales de instancias superiores. Al contrario que la jerarquía del aparato vertical, fueron convenios horizontales de activistas en niveles equivalentes, que buscaban en grupo una manera de cooperar solidariamente contra la agresividad de la clase dirigente. De esta manera funcionaban la coordinación y las comisiones de consulta, *aparte e independientes* de instancias superiores, y principalmente sin su aprobación. Estas estructuras horizontales agrupaban a las células locales del Partido, donde tenían lugar las elecciones «arbitrarias». Al principio fue una minoría asediada, porque la mayoría de los comités locales tenían sus secretarios nombrados (¡no elegidos!) antes del VIII Congreso, celebrado en la primavera de 1980, y del famoso mes de agosto.

La iniciativa de estos contactos y convenios horizontales procedía fre-

cuentemente de los Institutos Científico-Sociales Universitarios y estaba dirigida a las células del Partido en las grandes empresas. Una muestra fue la de Torun, en octubre de 1980: la primera estructura horizontal fue fundada allí el día 27 de dicho mes, por representantes de ocho instituciones, incluidas la Universidad local y la empresa Towimor. Se llamó la Comisión de Coordinación y Consulta de Torun, y pocos meses después se les unían docenas de organizaciones de base del Partido. Desde octubre hasta diciembre del mismo año se estructuraron también las de Katowice y más tarde, desde noviembre de 1980 hasta enero de 1981, las de Poznan.

4. La lucha horizontal *versus* vertical. Al principio fue una lucha dura. A mediados de noviembre de 1980, las camarillas del Comité de las Wojwodias expulsaron del Partido a Zbigniew Iwanow, quien todavía era primer secretario en Towimor, porque sus electores le seguían apoyando, y no se dieron por enterados de la decisión de la instancia superior. En una segunda fase fue una lucha para conseguir un Congreso Extraordinario en dos partes; por un nuevo programa y nuevos estatutos; por el completo reconocimiento de «Solidaridad» —obrero y campesina—; por un pluralismo ideológico en el movimiento juvenil... El nombre «Congreso dual» se inventó durante las acaloradas discusiones de los «horizontalistas», que eran públicas y abiertas, incluso a personas no pertenecientes al Partido. Fue la exigencia estratégica más importante del movimiento de base del Partido en noviembre de 1980.

Los aparatos del Comité Central y de las Wojwodias insistían, por entonces, en que el Congreso no debía ser convocado apresuradamente, porque había que prepararlo bien. La formulación de nuevos programas y estatutos ocuparía mucho tiempo, debido a la difícilísima situación que atravesaba el país. La respuesta a esta táctica de demora fue muy simple, y peligrosa para la nomenclatura. Los horizontalistas dijeron que como entendían «las dificultades objetivas» de los dirigentes de la central, les gustaría llevar a cabo rápidamente la primera parte del Congreso, sólo para solventar problemas personales y de estatutos. Y cuando se eligieron los nuevos representantes del Partido, desde la base hasta la cima, y se votaron nuevos estatutos democráticos, llegó la hora de discutir tranquilamente otros problemas; la mayoría de ellos eran proyectos *diferentes* de un nuevo programa del Partido, que después de pocos meses pudo ser votado en la segunda parte del Congreso. El invento de separarlo en dos partes, una de ellas para cuestiones estructurales y de personal, y la otra para elaborar un programa, sonaba a desafío en los oídos de las camarillas partidistas. Estaba claro que a la base le interesaba entrar a saco en el escalafón del Comité Central y de la mayoría de los comités de las Wojwodias, y reorganizar el aparato profesional del Partido.

La lucha por un Congreso rápido y en dos partes fue una lucha por la supervivencia. Fue una pugna no sólo entre personas organizadas a sí mismas en estructuras horizontales y el aparato vertical, sino también contra el monopolio de la iniciativa mantenido por las altas esferas; por un pluralismo de ideas dentro del Partido; por el derecho de abrir un expediente a las decisiones del cuerpo central. Incluso la lucha por el derecho a la libre creación de bases programáticas y a la promoción abierta de ideas alternativas. Fue el choque entre un movimiento de *gente viva y una estructura burocrática muerta*. Fue un conflicto entre una nueva mayoría, observada con simpatía por los no iniciados, que se hizo rápidamente adulta y una vieja minoría ampliamente criticada por la sociedad.

## 6. EL SIGNIFICADO DEL CONFLICTO DENTRO DEL POUP

Estos problemas tenían una dimensión de clase, porque los no privilegiados atacaban los baluartes del elitista grupo de la nomenclatura; y también una dimensión nacional. Los horizontalistas entendían casi siempre la idea de soberanía nacional polaca de manera diferente a la de los verticalistas, que tendían a destacar el concepto tradicional de internacionalismo proletario. Era también una disputa ideológica, a causa de *los principios doctrinales y la tradición*; los horizontalistas en su mayoría exigían la restauración de la gloria del parlamentarismo, ideal comunista y cooperativista del Partido Socialista Polaco. Juzgaban críticamente la idea leninista-estalinista del centralismo democrático y el denominado papel dirigente del Partido. Le ofrecieron la posibilidad de actuar como árbitro designado en los conflictos entre el aparato del Estado y los sindicatos, pero lo rechazaron como director ejecutivo, administrador y gobernante autoidentificado con el Estado, y la clase obrera lo ha designado enemigo en cualquier conflicto.

También fue un conflicto generacional. Los horizontalistas solían ser gente joven —unos treinta años de edad media—, obreros y hombres bien educados, nacidos después de 1944, después de la guerra. No padecieron mucho tiempo el adoctrinamiento estalinista entre 1947 y 1955. Sin embargo, la mayoría de los verticalistas eran hombres de cincuenta años, ex ZMS (organización de jóvenes estalinistas), semieducados profesionalmente, pero fuertemente contaminados por el estalinismo de su adoctrinamiento ideológico. Algunos años antes fueron idealistas y entusiastas, pero en los recién estrenados ochenta se han convertido en cínicos, asustados por el dinamismo de la revolución pacífica.

La ofensiva pública de los verticalistas contra los horizontalistas, tanto



en la prensa como en el hemicycle de las sesiones plenarias del Comité Central, se intensificó cuando los horizontalistas empezaron a promover sus propios proyectos de regulaciones electorales y estatutos del Partido. El principio del nuevo año —1981— fue testigo de la lucha por la estructura y por los derechos en el Partido. Cuando los verticalistas, en el secreto de sus habitaciones silenciosas, sopesaban todas las comas y acentos en sus vagas declaraciones, los horizontalistas convocaban discursos públicos, en los que expresaban ruidosamente sus puntos de vista. No tenían miedo de conceder entrevistas a los medios de comunicación occidentales. Les era fácil hablar de manera espontánea, sin anotaciones, respondiendo con rapidez y agudeza a algunas preguntas. Esta diferencia de estilo y formas se mostró sobradamente el 15 de abril de 1981, durante el *forum* del pre-Congreso del Partido en Torun. Coloquialmente se le llamó «un pequeño Congreso del Partido», o de manera más grandilocuente: «I Congreso Nacional de Estructuras Horizontales».

La nomenclatura acusaba a los horizontalistas de revisionistas y socialdemócratas, y en cierto modo tenía razón. El movimiento horizontal vinculaba la democracia al socialismo humanista; recordaba la diferencia entre socialistas y comunistas, confundida por los estalinistas. En contraposición a los revisionistas de 1956 o de los posteriores años sesenta, los nuevos reformistas democráticos no estaban interesados en la doctrina marxista, sino más bien en el sistema político. No querían tanto reformar el marxismo como reformar el Partido, el Estado y la economía. La doctrina no tiene demasiado peso para ellos, simplemente porque, desde hace tiempo, muchos no tenían fe en ella (Staniszki, 1983).

La otra acusación de las instancias superiores era la de fraccionalismo. El aparato y sus ideólogos insistían en que el movimiento horizontal, que tiene diferentes ejes, era una facción y una conspiración subversiva. Y aquí los acusadores cometieron un error. Los horizontalistas eran una corriente de nuevas ideas, una especie de tendencia y gran emoción, pero no una facción. El movimiento nunca tuvo ningún cuerpo central de coordinación a escala nacional. El II Congreso de Horizontalistas, planeado para celebrarse en Gdansk, en mayo de 1981, nunca tuvo lugar. Los horizontalistas buscaron alguna posibilidad de compromiso con los liberales y con la facción menos conservadora del Comité Central. A pesar de muchas ideas útiles—como, por ejemplo, los documentos del pre-Congreso regional de Poznan, de Gdansk y de Krakow— la plataforma para un programa común nunca se formuló. Los horizontalistas nunca publicaron ningún programa alternativo para esbozar un proyecto susceptible de ser votado por el Comité Central. Y la mayoría de ellos no tenían disciplina de organización, ni planes de:

incautación del poder dentro del Partido. El movimiento horizontal fue una gran erupción de ideas y actividad, pero desorganizadas. Se construyó con intención de remodelar el Partido, no de debilitarlo. Quizá todos estos factores fueron puntos débiles del movimiento; combinados con la carencia de ambición y el claro apoyo y cooperación de los dirigentes de «Solidaridad», probablemente fueron la causa de la poca influencia del movimiento horizontal en el IX Congreso Extraordinario del Partido.

## 7. LOS EFECTOS DEL CONGRESO

Las presiones de los horizontalistas y sus exigencias de una convocatoria rápida y democrática del Congreso Extraordinario, dieron resultado después de ocho meses, cuando se anunció oficialmente la fecha del mismo. En la décima sesión plenaria del Comité Central (29-30 de abril de 1981), al menos se decidió convocar el Congreso los días 14 y 15 de julio de 1981. La misma sesión publicó un borrador del programa y de la regulación de las elecciones de delegados. La campaña electoral en la base del Partido empezó pronto, pero las conferencias de los Comités de las Wojwodias tuvieron lugar principalmente en mayo y junio de 1981. Durante pocos meses de campaña, alrededor de 600.000 miembros dirigentes de base, incluidos 100.000 primeros secretarios, fueron elegidos mediante voto secreto. La mitad de ellos lo eran por primera vez. Desde el otoño de 1980 hasta el final de la campaña electoral, cambiaron alrededor del 60 por 100 de los primeros secretarios de los Comités de las Wojwodias, además de un 40 por 100 de secretarios y cerca del 30 por 100 de los presidentes de las Comisiones de Control de las mismas. Se eligieron, de entre más de 40 Wojwodias polacas, a 46 nuevos presidentes de su Consejo Nacional que, en contra de lo habitual, no eran primeros secretarios locales. En la administración estatal, se sustituyó al 25 por 100 de la gente que ocupaban puestos en el Comité Central de la nomenclatura, junto con 26 gobernadores y 36 diputados de las Wojwodias.

Para el IX Congreso se eligieron 1.964 delegados, 365 directamente de la gran empresa y la mayoría en conferencias de las citadas Wojwodias. Entre los delegados había: 1.202 representantes de los intelectuales y del funcionario, 393 obreros y 190 campesinos. A pesar de la aguda crítica al aparato del Partido, hasta 524 delegados eran funcionarios profesionales del mismo: camarillas duras de roer.

De los 236 miembros del antiguo Comité Central, sólo 71 se designaron como delegados para el Congreso, y únicamente gracias a la actuación personal de Kania tuvieron que elegirse algunos dogmáticos, tan curtidos como

Tadeusz Grabski, Stanislaw Kociolek y Stefan Olszowski, que recibieron sus carnés de delegados. Olszowski y Kociolek, en Warsaw, y Grabski, en Konin, después de que le expulsaran de Poznan.

Una carta del Partido Comunista Soviético, enviada a Polonia la noche del 5 al 6 de junio de 1981, interrumpió el diálogo entre horizontalistas y el grupo pragmático del Politburó. El encuentro planeado entre ambos para el día 8 de junio fue cancelado. En su lugar, en la undécima sesión plenaria del Comité Central (9 y 10 de junio de 1981), se garantizó la «lucha con la contrarrevolución», la «eterna amistad con el Partido Comunista Soviético» y se declaró la grandeza de la alianza ruso-polaca. El IX Congreso Extraordinario, que tuvo lugar del 14 al 20 de julio de 1981, eliminó, sin embargo, alrededor del 90 por 100 de los miembros de los anteriores Comité Central y Politburó, designó democráticamente y en votación secreta nuevas autoridades y votó varios importantes cambios en los estatutos, pero nada más. Los nuevos miembros plenos del Comité Central y sus diputados (200 más 70) eran en su mayoría recién llegados no conocidos por sus actividades anteriores. Sólo dieciocho miembros del anterior Comité Central fueron reelegidos, incluidos cuatro miembros del último Politburó: Kania, Barcikowski, Jaruzelski y Olszowski. Cuarenta de los setenta diputados miembros del Comité Central habían estado en los nuevos sindicatos; más o menos el 60 por 100. Todo ello levantó una gran expectación entre los horizontalistas; en cambio, sólo se usaron parte de sus sugerencias negociadas acerca de los estatutos del Partido. La mayoría de los candidatos horizontalistas a las representaciones centrales se tacharon, debido al clima de persecución política propagado durante la campaña electoral por los conservadores y los restos de «verdaderos dogmáticos». El programa creado por el Congreso era vago, demasiado general para ser bueno. Ideas y reformas se formulaban demasiado tarde y eran demasiado conservadoras para satisfacer a los horizontalistas y ganar el apoyo público.

El resultado del Congreso desilusionó a los reformistas horizontales. La expansión de los grupos de «duros», como las denominadas tribunas de verdaderos comunistas en Katowice y Poznan, y organizaciones llamadas «Grunwald», mostraron que las esperanzas de reformas se habían acabado. En otoño de 1981, parte de los activistas del movimiento horizontal entendieron que dentro de un partido no hay sitio para la lucha por las reformas políticas. Después de esta constatación, decidieron formar una nueva estructura política, en estrecha colaboración con los moderados de «Solidaridad» y algunos grupos católicos. Esta estructura, bautizada Alianza Polaca Social «Renaissance», hizo su primer discurso público el 12 de noviembre de 1981 en Szczecin, donde unos días antes el Comité fundador se había establecido.

Fue un intento de construir un movimiento político centrista con programa socialdemócrata. También era un signo de esperanza en que el profundo acuerdo entre miembros de «Solidaridad» y el Partido Comunista es posible, y que los radicales de ambas partes no deben conducir sus fuerzas hacia una confrontación (Życie y Nowoczesność, 1981).

El 13 de diciembre se borraron todas las esperanzas por muchos años. Los autoritarios, los verticalistas, los «duros», los doctrinarios y los cínicos llenaron casi todo el espacio en la escena política. La mayoría de los dirigentes e ideólogos horizontalistas abandonaron el Partido. Muchos de ellos fueron expulsados «por renovación», algunos echados de su trabajo o internados.

El movimiento de base, después del Congreso Extraordinario, se orientó en contra de la burocracia del Partido, de la promoción burlesca en la nomenclatura, de las elecciones amañadas dentro del POUP y del dominio de las camarillas sobre los miembros de base. A pesar de dogmáticos, conservadores e incluso pragmáticos, que formaban la resistencia en la elite del poder; a pesar de la carta del Partido Soviético, fechada el 5 de junio de 1981, el movimiento horizontal consiguió un éxito importante: las enmiendas en el estatuto. Nuevas regulaciones votadas en y por el Congreso, como: comicios secretos con listas abiertas de candidatos, elecciones directas de los primeros secretarios, carné de delegado válido de Congreso a Congreso o de conferencia a conferencia... hicieron del nuevo estatuto del POUP el más democrático de un Partido Comunista dentro del bloque soviético. Tales regulaciones nunca fueron aplicadas en partidos comunistas basados en los modelos centralistas de Lenin o Stalin.

Este modesto éxito de las estructuras horizontales fue destruido por las órdenes del Politburó, el 10 de diciembre de 1981, durante la actividad del POUP bajo la ley marcial. Dichas órdenes se aprobaron *tres días antes* de que el aparato del poder declarara la guerra contra la sociedad polaca. Esto es una pequeña muestra del mejor estilo estalinista. El poder total de los cuerpos ejecutivos y las masas electorales como fachada decorativa. Cuando todos los miembros del ejecutivo no pueden estar presentes, *sólo tres personas*, incluyendo al primer secretario, bastan para tomar cualquier decisión por mayoría de votos. Incluso las disoluciones de organizaciones locales, las dimisiones o nominaciones de primeros secretarios de empresa, en el ámbito de las Wojwodias. Y cuando ni siquiera tres miembros del ejecutivo pueden reunirse, la decisión de *un solo hombre* —el primer secretario— es suficiente. Mediante formulaciones de esta índole, el funcionamiento del POUP vuelve a los peores estadios de los de los años cincuenta.

## 8. ¿DESEABA LA ELITE DEL PARTIDO UN ACUERDO ESTABLE EN EL OTOÑO-INVIERNO DE 1981?

Las concepciones expresadas públicamente y elaboradas por los dirigentes del Partido cambiaban demasiado lentamente. Antes del IX Congreso, asuntos tales como la reforma del Frente de Unidad Nacional, o unas regulaciones parlamentarias para un proceso electoral más democrático, nunca se habían discutido. Después de que algunos grupos políticos («Solidaridad», PAX, KPN) presentaran varios proyectos de reforma de la división del poder en el Politburó, al fin hubo una respuesta. El 16 de septiembre de 1981, ésta se manifestó en la ampliación de la composición del personal del Frente para la Unidad Nacional. En un discurso televisado, Stefan Olszowski hizo una oferta para extender el frente de apoyo al POUP, una oferta que en *este preciso momento*, era simplemente poco realista. Tal intento de revitalizar el FUN (partido político que actuaba de fachada y como herramienta para manipular las elecciones), no consiguió resultados positivos. El FUN fue durante largo tiempo una institución muerta, y la tentativa del Partido para reanimarlo se inspiró en el miedo a la opinión de los votantes, que se expresaba en las urnas. Por cierto, mientras estas discusiones se hacían públicas, y la prensa se llenaba de nuevas concepciones del acuerdo nacional, estaban ya bastante avanzados los preparativos para la implantación de la ley marcial y se aceleraba la ola de ataques impresos contra «Solidaridad».

Cuando la idea de reanimar al FUN mediante la cooptación de los representantes eclesiásticos y los de «Solidaridad» falló, la sexta sesión plenaria del Comité Central (16 al 18 de octubre de 1981) presentó la idea bastante incierta de una nueva organización: el Frente para el Acuerdo Nacional. Era un recién nacido. Durante la sesión plenaria y en los discursos inaugurales mantenidos por Kania y Olszowski, se mencionó el propósito de ampliar el FUN. Olszowski presentó, de forma optimista, un cálculo de posibilidades de reforma del FUN, subrayando la necesidad de estrechar la influencia de algunas organizaciones sociales dentro de su estructura. Primercamente habló de la Asociación para la Amistad Ruso-Polaca, la Unión de Veteranos, la Liga para la Defensa Nacional, la Liga de Mujeres, varias asociaciones y clubs nacionales, regionales, científicas, culturales, de excursionistas, etc. En el mismo discurso criticó duramente los intentos de crear nuevos partidos, calificándolos de tentativas perjudiciales. Pero a pesar de las conferencias de Kania y Olszowski, en la declaración final de la sesión plenaria y en el discurso del recién elegido primer secretario general, Wojciech Jaruzelski, no se comentó absolutamente nada del FUN, porque se sustituyó por un

nuevo «frente de acuerdo y cooperación nacional» que debía de estar «abierto, en términos generales, a todos aquellos que no fueran en contra del socialismo y que quisieran trabajar activamente por la salvación de la Patria».

El nombre Frente para el Acuerdo Nacional, que no se atribuyó a una nueva idea, sino a una nueva institución más bien remodelada, se publicó más tarde, después del acuerdo trilateral entre Wojciech Jaruzelski, el cardenal Jozef Glemp y Lech Walesa, el 4 de noviembre de 1981. Se usó por primera vez en un discurso parlamentario de Jaruzelski, cuando el general propuso un proyecto de creación de un Frente para el Acuerdo Nacional y un Consejo para el Acuerdo Nacional. En documentos del Partido se aludían a estos nombres por primera vez un poco más tarde, durante la sexta sesión plenaria del Comité Central (27 al 28 de noviembre de 1981), después de algunas semanas de charlas y consultas con otros partidos y organizaciones sociales.

Desgraciadamente, la idea de un Frente para el Acuerdo Nacional era demasiado vaga. Sólo la base ideológica —reconocimiento de los principios socialistas escritos en la Constitución polaca— estaba definida claramente. El resto, por ejemplo, la fórmula del Consejo para el Acuerdo Nacional, números y nombres de organizaciones que tendrían derecho a nominar a sus propios representantes, proporciones de escaños para cada una de ellas..., no estaban establecidas. Tales deficiencias eran muy importantes. La representatividad del Consejo y su autoridad social dependían de normas definidas propia y claramente. Si, por ejemplo, un pequeño partido democrático, con menos de 500.000 miembros, y «Solidaridad», con cerca de nueve millones de afiliados, recibían el mismo número de escaños, entonces el Consejo no sería representativo de la configuración del poder real en la sociedad polaca. Para ganar confianza era necesaria, como precondition, la declaración de buena voluntad de los dirigentes del POUP en las discusiones para la formación del propuesto Consejo para el Acuerdo Nacional. Una declaración de que el aparato del poder era consciente de la necesidad de renunciar a parte del monopolio del mismo. Renunciar al derecho de cooptación, para proponer miembros al Consejo, que fueran fieles al Partido Comunista, aunque representaran a otras organizaciones. Tamaña declaración de que el Partido estaba dispuesto a compartir el poder, jamás la hizo ningún dirigente del Comité Central.

La elite del poder intentó, aparentemente, «abrirse hacia afuera», pero al mismo tiempo, se guardaba de declarar que nunca devolvería el poder estatal. Pero si una nueva configuración del poder, que se cristalizó en un nuevo sistema del Partido, pudo desarrollarse, no debió congelarse artificialmente en la vaga fórmula de un nuevo Frente para el Acuerdo Nacional. La

palabra «frente» se unió mentalmente al hábito de *votar unas listas*, pero no *eligiendo de entre varios candidatos y programas*. La gente que deseaba unas elecciones parlamentarias honestas, no pudo aceptar en 1981 el nuevo Frente que —como estaba ya planeado— sólo tendría un programa y una lista de candidatos acordados, no mediante una campaña electoral, sino tras la puerta cerrada de un gabinete. Entre la idea de un Consejo para el Acuerdo Nacional y el Consejo Social Económico, propuesto por «Solidaridad», pudo trazarse una articulación y encontrarse una solución institucional representativa. Pero para llevar a cabo tal solución era necesario renunciar a los sueños, a los sueños de un Frente que fuera capaz de sustituir programas e intereses pluralistas. El Consejo propuesto, *pero sin un Frente*, pudo servir como una especie de acuerdo político temporal hasta unas nuevas elecciones parlamentarias. Y si esas elecciones hubieran sido libres y honestas, el acuerdo temporal no hubiera sido necesario, y el Frente para la Unidad Nacional, tampoco. En su lugar, un parlamento real y un gobierno responsable del mismo. La creación del Consejo para el Acuerdo Nacional como un acuerdo temporal por dos años, podría haber dado mejores oportunidades a las reformas económicas y, al mismo tiempo, no habría cerrado el camino a unas elecciones parlamentarias democráticas. Pero los autores de la ley marcial querían eludir cambios de tal índole (Staniszki, 1983).

Sólo para evitar las elecciones de consejos locales (que debían haber sido anunciadas al principio de 1982), se impuso la ley marcial. La elite del poder tenía miedo de que sus nominados a dichos consejos fueran sustituidos por diputados elegidos libremente. «Solidaridad», y otros movimientos democráticos, eran la garantía de tales elecciones, libres y pacíficas. En diciembre de 1981, a la elite del poder, de hecho, no le asustaba una *matanza o una guerra civil*, sino su muerte en unas elecciones locales pacíficas y un referéndum; ambas demostrarían que los comunistas no tienen derecho a gobernar Polonia. La pacífica pérdida del poder o la necesidad de compartirlo eran lo más temido por el Partido; éste es el motivo por el que usaron la fuerza armada como escudo protector y espada para destruir el proceso pacífico hacia la democracia.

#### 9. ¿«NORMALIZACION» PRAGMATICA O DOCTRINARIA?

Alrededor del general Wojciech Jaruzelski se formó un círculo de iniciación al «núcleo del Partido», formado por pocas personas. Desde fuera de este grupo era difícil describir su configuración personal, en la que se distinguen cuatro tipos: seguridad y policía, aparato del Partido (alrededor de

12.000 personas), servicio civil y directores económicos, y parte de los generales. Todos juntos forman el grupo del poder que, después del 15 de diciembre de 1981, quería llevar a cabo una «normalización», es decir, recobrar el monopolio ejecutivo del poder político. En particular, reunificar a las llamadas organizaciones transmisoras (como los sindicatos, las asociaciones sociales, etc.) alrededor del «núcleo del Partido».

El triunfo de la elite del poder en 1982 fue más bien modesto. La posible clase dirigente no esperaba controlar la manera de pensar y la conciencia ciudadana de la mayoría de la sociedad polaca. Querían algo menos, simplemente un grado de control que paralizara el comportamiento abierto y público de las expresiones de protesta, rechazo, crítica, cólera, odio o desprecio a las estructuras del poder. El principal supuesto era el siguiente: «Podéis pensar todo lo que queráis, podéis creer en lo que os plazca, pero superficialmente, en vuestra expresión pública, no debéis mostrar vuestro rechazo, frustración o enojo.»

Este limitado logro (pacificación del comportamiento público), de grandes consecuencias, ha sido perseguido por diferentes caminos:

- Represiones policiales, administrativas y económicas.
- Segmentación de la conciencia de la sociedad polaca, multiplicando sus divisiones y rompiendo uniones establecidas después de agosto de 1980.
- Reducción de las aspiraciones sociales, sobre todo esa unión de bienestar-democracia-independencia.
- Construcción intensiva de nuevas instituciones, como el Comité Ciudadano de Salvación Nacional, el Movimiento Patriótico de Renacimiento Nacional, empresas autónomas controladas por el Estado, Consejos consultivos parlamentarios y gubernativos, etc.

Se pueden distinguir dos variedades básicas de «normalización» política. La variante pragmática de esperanzas y expectativas de pacificación democrática, que proporciona sólo el control del comportamiento público, y la variante doctrinaria, que proporciona además el control de pensamientos y sentimientos ciudadanos. Esta última puede ser implantada en el futuro durante el intento de imponer a los ciudadanos la ideología compatible con la doctrina oficial. La cuestión de si la «normalización» de Jaruzelski será de tipo pragmático o variará hacia un doctrinarismo neoestalinista, permanece abierta. Esta cuestión fundamental todavía produce una división interna dentro de la elite del poder. Los que apoyan una «normalización» doctrinaria piensan que la causa principal de la crisis de poder es una «desviación de



los principios universales del socialismo científico». Según ellos, el mejor método para dirigir la crisis es una vuelta a las fuentes ideológicas siempre frescas y una ofensiva propagandística dirigida a reforzar las opiniones oficiales en cada grupo social.

Los partidarios de la «normalización» de tipo pragmático se dieron cuenta de que la ideología marxista-leninista oficial no tenía ningún interés social y ninguna oportunidad de forzar a la gente a creer en los manifiestos doctrinarios. Sabiendo esto, distribuyeron cautelosamente las ideas de «función dirigente del Partido» o «centralismo democrático». El debate público sobre estos principios del modelo socialista soviético es completamente increíble; sin embargo, en la propaganda oficial, los temas más promovidos son: símbolos nacionales, culto al Estado fuerte, y el último, pero no el menos importante, la idea de solidaridad en peligro a causa de un enemigo común que quiere apropiarse de los territorios del oeste y del norte de Polonia. Aunque sin especificar, sólo puede tratarse de Alemania Occidental, que cuenta con la ayuda americana.

El equipo de Jaruzelski quería presentarse a sí mismo como continuador de las tradiciones patrióticas del ejército polaco anterior a la guerra. No es un error que, bajo la ley marcial, los generales de la Armada polaca de preguerra hayan sido ampliamente honrados por la actual elite del poder. Al principio, el general Tadeusz Kutrzeba, comandante del ejército «Poznan» durante la campaña de septiembre de 1939, que había muerto hacía tiempo, recibió a título póstumo la más alta condecoración militar. En 1983 se inauguró el monumento al general Wladyslaw Sikorski, primer ministro del gobierno en el exilio. La decisión de levantar tales monumentos se tomó en los más altos niveles de la jerarquía estatal y tenían un significado simbólico, así como la reintroducción del tradicional gorro cuadrangular del ejército polaco de preguerra. Jaruzelski no tuvo valor para «resucitar» estos tocados (en lugar del redondo exigido por el Pacto de Varsovia) en todo el ejército. Se repartieron sólo entre los soldados de compañías que se habían distinguido públicamente en el cumplimiento del deber.

Estos pequeños actos, aparentemente sin importancia, son los mejores ejemplos de que la actual elite del poder utilizaba los símbolos nacionales como un método mejor para legitimar la ley marcial socialista, que las ideas comunistas tradicionales.

## 10. METODOS REPRESIVOS

Después del 13 de diciembre de 1981 se usaron tres tipos diferentes de represión. La variante de tipo policial incluía entierros, arrestos, registros de casa en casa, interrogatorios, durísimos veredictos judiciales, emigraciones forzadas...

Las formas represivas de la administración incluían la disolución de todas las organizaciones independientes de la elite del Partido, como la Asociación de Estudiantes Independientes, «Solidaridad», la mayoría de las asociaciones artísticas: Asociación de Periodistas Polacos, Asociados de las Artes Gráficas, autores, escritores, etc. La otra forma de represión administrativa fue el cese de todos los directores de empresa apoyados y respetados por los obreros durante la época de «Solidaridad»; lo mismo sucedió con decanos y rectores en las universidades. Incluso a los activistas del POUP que se ganaron el apoyo de la gente, se les trasladó de puesto o se les expulsó. Otras formas fueron: verificaciones personales de los criterios de lealtad política a diversos cargos y en empresas importantes de los medios de comunicación, ciencia y justicia; o firmas forzadas de declaraciones de fidelidad, que se propusieron a muchos activistas después de agosto, y que muchos de ellos rechazaron.

Las represiones económicas se aplicaron a decenas de miles de personas. A muchos se les echó del trabajo, a otros se les trasladó por la fuerza a empleos peor pagados, otros recibieron por escrito la prohibición formal de desarrollar su profesión (periodistas, abogados, doctores, etc.).

Desde la primavera de 1982 se observaron cambios significativos en la política represiva. Paso a paso, la evolución de las represiones en los medios de comunicación se dirigió accidentalmente hacia diferentes grupos sociales para seleccionar a algunos poco numerosos, pero más activos y claramente opuestos al gobierno. La elite del poder quería que la ley marcial fuera menos visible y penosa para la mayoría de los ciudadanos medios activos, y al mismo tiempo más dura para unos cuantos, en mayor medida para aquellos grupos que pudieran formarse una opinión social o conducir y organizar a la sociedad en diferentes frentes de resistencia. La filosofía policial del Ministerio del Interior es más bien simple y cauta: es mejor usar mangueras que gases lacrimógenos, mejor gases que porras, mejor porras que pistolas y mejor tanques polacos que tanques de otros países del Pacto de Varsovia.

La apertura de preparativos de procesos contra pequeños grupos de activistas fue un momento decisivo de la represión policial. Reconociendo a estos grupos como a un enemigo político importante entre otros grupos de

oposición, la elite del poder confirma que el programa socialdemócrata era un gran desafío para ella, más peligrosos que los nacionalistas conservadores, que los nacionalistas demócratas, que los cristianodemócratas o que los demócratas liberales. Tal estimación muestra que la antigua costumbre estalinista continua viva; la que identifica el socialismo democrático como el mayor peligro que la ley marcial socialista ha de enfrentar (Raina, 1981).

La represión policial alcanzaba también a los reformistas pragmáticos del POUP. Muchos de ellos, especialmente los que mostraban simpatía por los horizontalistas, fueron literalmente arrojados de sus puestos en el Partido, y pasaron a engrosar la reserva política (Tadeusz Fiszbach, Edward Skrzypczak, Hieronim Kubiak, Jrzy Labedzki, Krystyn Dabrowa). Una resolución del Politburó, el 10 de diciembre de 1981, autorizó formalmente la represión dentro del Partido, que se encargó de dicha actividad bajo la ley marcial. En nombre de esta resolución, los dirigentes del Politburó y de las Wojwodias decidieron disolver muchos comités inferiores. En efecto, así se borró el resultado democrático de la campaña electoral anterior al noveno Congreso.

La pacificación policial por medio de represiones variadas encontró muchos obstáculos. Los límites más importantes a la actitud policial fueron:

- La imposibilidad de recobrar tal grado de temor social que pudiera aplastar irreversiblemente la voluntad pública de resistencia; la mayoría aún seguía negándose a ningún tipo de cooperación con la elite del poder.
- La distribución del miedo entre los diversos grupos sociales, todavía «imperfecta», porque hasta ahora no ha paralizado, por ejemplo, a la juventud.
- El miedo sembrado por las ZOMO, la policía secreta, y la elite del poder es superficial, no puede penetrar en los niveles interiores de la conciencia. La mayoría del pueblo no se doblegó en su lucha diaria por la existencia y no renegó de sus ideas de libertad, democracia y dignidad en el trabajo, tan en contraposición con los ideales del comunismo soviético.

## 11. DIVIDE Y VENCERAS

La segunda fase de la «normalización» policial es intentar fragmentar la sociedad, dividir a la gente en pequeños e impotentes grupos aislados unos de otros. Probablemente fue una introducción a la atomización política, di-

vidiendo no sólo a pequeños grupos, sino también aislando a individuos. La principal fuerza de la revolución democrática posterior al mes de agosto, fue la alianza entre los jóvenes intelectuales y los jóvenes trabajadores. Las altas esferas del poder aún no sabían cómo conseguir el apoyo activo de la joven generación, esta juventud cuyos intereses discurrían unidos al progreso técnico, cultural, científico y de la producción. Las aspiraciones democráticas de los obreros especializados, técnicos e ingenieros eran mucho mayores que las que la elite del poder concedería. Así, esta última no tenía otra elección que enfrentar a ambos grupos: obreros contra intelectuales, sembrando el oportunismo y la corrupción, y premiando la inactividad política.

El otro ejemplo de fragmentación política son los intentos de crear divisiones entre trabajadores y campesinos, sobre la base de la política gubernamental de los precios y de los artículos de primera necesidad; la presentación de artesanos y pequeños propietarios en los medios de comunicación como una sociedad de especialistas en malversación, de estafadores, sobre todo mercantilistas. La elite del poder pensaba que debido a esta campaña de propaganda pondría a los trabajadores en contra de los comerciantes privados. De vez en cuando se pueden ver en los medios de comunicación intentos esporádicos de utilizar las naturales divergencias humanas entre miembros del Episcopado de la Iglesia católica. Por ejemplo, cuando el periódico gubernamental *Rzeczpospolita* subrayó qué obispos eran buenos patriotas y cuáles aventureros políticos.

Los diferentes métodos de represión condujeron indirectamente a la fragmentación de los diversos grupos de activistas de «Solidaridad». El objetivo era suprimir todas las conexiones entre personas internadas y personas arrestadas, y las de todos éstos con el resto de las que permanecían en libertad. En cuanto a estos últimos, la elite del poder intentó aumentar las divisiones entre aquellos que, soterráneamente, eran cazados por la policía, y los que no estaban «pulidos», trabajando normalmente, pero en estrecha conexión con la base. Pronto todas estas tentativas se acabaron y el Acto de Amnistía de 1984 confirmó la poca habilidad del régimen para continuar su política ineficaz de divisiones superficiales.

## 12. BLOQUEO DE NECESIDADES Y ASPIRACIONES

La tercera fase de la «normalización» son los esfuerzos propagandísticos para reducir las aspiraciones ciudadanas. La elite del poder intentó hundir lo más bajo posible el nivel de aspiraciones, enfocándolo hacia el bien-

estar, la libertad política y la proverbial independencia del Estado polaco. En cierta forma, la actual elite del poder quiso romper la costumbre tradicional, según la cual cada nuevo equipo (el de Gromulka, en 1956-57, y el de Gierek, en 1971-72) intentaba despertar expectativas demasiado optimistas y generalmente mal calculadas, lo que les condenó al rápido y creciente descontento popular. El alto nivel de aspiraciones sociales levantadas por la propaganda y el optimismo oficial en un corto espacio de tiempo se volvía en contra de una estructura de poder dictatorial y monopolizante.

El equipo de Jaruzelski, hasta el verano de 1983, cuando formalmente finalizó la ley marcial, se portó como si pensara que la mejor manera de estabilizar un poder despótico consistiera en la reducción de las aspiraciones y el consumismo de los ciudadanos. Si éstas alcanzaran su punto más bajo, la relación con tal forma de gobierno puede ser más fácil. En el pasado, los primeros años de cada nuevo equipo se colmaban de nuevas esperanzas, y la mayoría de la gente esperaba algo bueno del poder. Después del 13 de diciembre de 1981, casi todo el mundo, sin embargo, contaba más bien con las malas consecuencias y la forma antidemocrática de gobierno procedente del gabinete Jaruzelski. Paradójicamente, esta situación psicológica hizo que la ley marcial se estabilizara. Si la gente estaba esperando algo más bien diabólico, entonces algo bueno, como una moderación o una mejora en cualquier esfera de la política gubernamental, podía reconocerse de la siguiente forma: «No es tan malo, podía ser peor, y deberíamos estar contentos de que no fuera mucho peor.» De manera paradójica, el esperar una situación mucho peor facilitó la resignación a una realidad no tan mala. La propaganda del gobierno, que apelaba a la filosofía de «elegir el menor de dos males», sugería que la elite del poder era consciente de los posibles resultados de su falta de popularidad. El equipo de Jaruzelski es el primero en la posguerra polaca que no quiso presentarse a sí mismo como la más alta y mejor fuente y provisión de bienestar social, sino como el menor de dos males, y su propia política de «normalización» se presentaba como una triste necesidad, pero al mismo tiempo como la única oportunidad de futuras reformas. Este cambio de tono en su imagen pública fue una clara ilustración de su mal humor y de su sentimiento de debilidad.

Identificar el presente gobierno con el Estado polaco fue y es uno de los métodos para limitar la aspiración pública a participar en el poder ejecutivo. Los miembros del gobierno, en sus entrevistas públicas, intentaban presentar las decisiones gubernamentales y/o sus intenciones como una expresión del bien común de *todo* el Estado. Sugerían que el gobierno es sencillamente un Estado, y alguien que no esté de acuerdo con su política, y que quiera mantener su derecho a expresar su opinión independientemente, es simplemente

una fuerza antiestatal, y no una crítica a la política del gobierno. Esta forma de pensar de la elite del poder condujo hacia el tratamiento de cualquier forma de criticismo gubernamental como una ofensa contra el Estado. Y como resultado, la oposición política pudo ser considerada un grupo criminal, antiestatal e incluso antinacional, que cumple programas y disemina ideas de los centros de propaganda occidentales, como la Radio Libre de Europa, la Voz de América, etc. Esta forma de pensar que «el gobierno es un Estado y nosotros somos el gobierno» tuvo su reflejo en la conciencia popular: los ciudadanos estaban privados de cualquier influencia en los centros de poder, y sentían que no eran responsables de los asuntos estatales. Así empezaron a pensar que «ellos son el Estado y nosotros no». La reducción del sentido de responsabilidad vino muy bien a la elite del poder y ayudó a su impunidad.

Además, tal reducción amplía la idea burocrática de Estado como un aparato jerárquico del poder. En esta concepción no hay sitio para grupos que consideren al Estado como una forma de independencia social entre diferentes grupos de ciudadanos libres y diferentes centros de poder, que son responsables y están controlados por la sociedad. Así, no es sorprendente que en la Polonia actual el Estado sea una estructura burocrática, no una forma de vínculo social que relacione a una sociedad pluralista con el sistema multicéntrico de instituciones políticas. El Estado y los funcionarios se conciben como una jerarquía vertical, que domina a la sociedad. La alternativa a tal Estado es un Estado ciudadano en el que los convenios horizontales de muchos individuos y sus asociaciones eligen, de manera democrática, sus representaciones políticas.

Desde el verano de 1983, después de que el Papa Juan Pablo II visitara Polonia, y tras el fin de la ley marcial, en la propaganda gubernamental surgió un nuevo optimismo cada vez mayor. El equipo Jaruzelski, como el de Bierut, Gromulka y Gierek en el pasado, estaba intentado presentarse cada vez más como una nueva esperanza, y no como el menor de dos males.

### 13. FACHADAS Y MASCARAS DEMOCRATICAS

La cuarta fase de «normalización» es una activa creación de instituciones que actúan como fachada y que han de reunir tres requisitos básicos:

1.º Tener una apariencia de coalición y, por tanto, de ampliación de la participación pública en el gobierno del Estado. Así, la oligarquía, que tenía el monopolio del poder, intentaba crearse credenciales de gobierno, credenciales de instituciones cuasi-democráticas.

quintos de los entrevistados pensaran que los sindicatos tenían que ser independiente de los partidos políticos, así como de la Iglesia.

Los resultados de este sondeo fueron «alto secreto», demostrando que los sondeados respondían positivamente a las peores expectativas del gobierno. Incluso unos resultados de las encuestas publicados oficialmente condujeron, medio año después, en septiembre de 1982, cuando el gobierno tomó la decisión de disolver «Solidaridad» (el 8 de octubre de 1982), a demostrar que el apoyo a «Solidaridad» era mayoritario. Incluso en 1983, después de la amnistía parcial, el gobierno no tuvo suerte en sus intentos de suprimir la fe pública en los ideales de la asociación.

Entre bastidores, las luchas de facciones dentro de la clase dirigente del Partido por conseguir una supremacía personal contra reformistas, y los fracasos de la política social y económica, aceleraron la desintegración del Partido en el nivel de los miembros de base. Según estadísticas oficiales del Comité Central, el 30 de junio de 1980, el número de afiliados al Partido era de 3.149.768; el 13 de diciembre de 1981, era de 2.693.657; el 31 de marzo de 1982, 2.515.901, y el 28 de febrero de de 1983, 2.308.390. Desde el 13 de diciembre de 1981, fecha de la imposición de la ley marcial, hasta finales de marzo de 1983, el Partido perdió cerca de 385.000 miembros. Una disminución de un 14,3 por 100. Es significativo que la mayoría de la gente que habían devuelto sus carnés, o que se habían borrado de las listas eran obreros. Por ejemplo, desde el 13 de diciembre de 1981, hasta finales de marzo de 1982, cerca de 18.000 camaradas fueron expulsados de las filas del Partido; de ellos, el 54 por 100 eran trabajadores y el 37 por 100 intelectuales. Al mismo tiempo, 156.000 personas fueron tachadas de las listas; el 54,8 por 100 eran obreros y cerca del 25 por 100 representantes de los intelectuales. Inmediatamente después de la imposición de la ley marcial (el 31 de junio de 1982), casi 30.000 personas devolvieron sus carnés al Partido: 51,2 por 100 obreros y 34,2 intelectuales. En este grupo concreto, el 63 por 100 eran jóvenes de dieciocho a treinta y nueve años, y el 68 por 100, gente unida al Partido en la época de Gierek, entre 1969 y 1981. En total, desde el 13 de diciembre de 1981 hasta finales de marzo de 1982, el Partido de la Unión de Trabajadores Polacos perdió un 20,6 por 100 de obreros, un 18 por 100 de campesinos y un 9,6 por 100 de intelectuales. Desde agosto de 1980, el Partido se redujo en un 25 por 100, y los miembros de base en un 36 por 100. Es significativo que la mayoría de los trabajadores que abandonaron o revocaron su afiliación pertenecieran a las denominadas grandes empresas de la clase obrera, los trabajadores mejor cualificados de las grandes factorías.

Desde el 13 de diciembre de 1981, hasta octubre de 1982, el POUP

ganó 4.964 nuevos candidatos. En diez meses, menos de 5.000 personas expresaron su voluntad de unirse al Partido Comunista. En comparación, en un solo mes, julio de 1980, 10.500 candidatos se unieron a las filas del POUP.

En 1983 terminó la gran ola de abandonos, pero cada mes 5.000 personas más se marchaban del Partido, y la mayoría de los que quedaban dentro permanecían inactivos, observando con desconfianza los movimientos de la elite del poder.

Los números presentados anteriormente son oficiales y un poco optimistas, porque muchos carnés duermen aún en los cajones de los despachos de los secretarios de organizaciones de base. No los han pasado a las autoridades con la esperanza de que algunos camaradas quieran replantearse la decisión y volver a las filas del Partido. Muchos otros, que no pagan sus cuotas desde hace más de tres meses, no han sido excluidos de las listas (como imponen las normas estatutarias) con la esperanza de que vuelvan. Ambos trucos mejoran la imagen del POUP, en cuanto a afiliaciones.

En el campo, el Partido es aún más débil. Uno de los secretarios del *gmina* (el nivel administrativo más bajo de la comunidad) declaró a *Politika* en una entrevista a finales de mayo de 1982: «Estoy preocupado por el simple hecho de que el Partido se encuentra en vías de desaparición. Los antiguos miembros han muerto, y a los más jóvenes no se les puede persuadir para afiliarse. Nos hemos olvidado del activismo. Se ha sustituido la economía por la ideología. Los miembros del Partido no conocen las declaraciones y resoluciones del IX Congreso, pero todos los documentos de «Solidaridad» los llevan en el corazón. En las reuniones rurales del Partido, ellos me devuelven sus carnés diciendo simplemente: 'El Partido no puede ofrecernos nada'.»

El Partido de Campesinos (Unión Popular de Asociaciones) tiene dificultades parecidas. El secretario del Comité Supremo, W. Winkel, dijo a finales de marzo de 1982: «De más de 460.000 miembros, tenemos 87.000 mayores de veintinueve años. Los acontecimientos de los últimos meses, tensiones entre las comunidades ciudadanas y las del campo dieron como resultado que los más jóvenes volvieran la espalda a nuestro Partido. En el último año, 9.000 jóvenes revocaron su afiliación al Partido Campesino. En la primera cuarta parte de este año, 700.»

La lealtad de los profesionales de la administración del Partido y del Estado a la elite central es muy limitada. Los funcionarios políticos no se sienten seguros y tienen miedo de la próxima explosión de malestar y protestas sociales. Simplemente, no tienen fe en el optimismo de la elite del poder. Escepticismo y desconfianza, erosión ideológica y cinismo creciente son los efectos ocasionados por la «normalización» política dentro del apar-



to del poder. El precio de la ley marcial es el nuevo criterio de lealtad (además de la aceptación del modelo comunista soviético y de la dependencia polaca de la URSS). A quien no le gustara o no pudiera pagar ese precio, debía abandonar la actividad económica, política o administrativa. La mayoría de los intelectuales y artistas no aceptaron tales pruebas de lealtad. En efecto, la élite del poder tiene un apoyo intelectual muy limitado, e incluso dentro del estrecho grupo de intelectuales leales, la selección negativa todavía está completamente encerrada en la vieja norma: «El mediocre e inactivo pero leal, es el mejor.»

### 15. CAMBIOS EN LA ELITE GOBERNANTE

Después de diecinueve meses de ley marcial (13 de diciembre de 1981 al 22 de julio de 1983), la burocracia gubernamental y económica redujo sus números. Muchos de los ineficientes y corruptos funcionarios fueron sustituidos por comisarios del ejército y secretarios del Partido. La disolución de las obligatorias «asociaciones de ramo» (negocios de administración económica entre las empresas del Estado y los Ministerios) en la industria estatal hizo disminuir de nuevo los números de la administración económica. La reducción fue significativa y el malestar de la burocracia económica creció debido a las diversas verificaciones de los directores en numerosos niveles. Durante 1982 se cambiaron 440 personas de los más altos puestos de la administración estatal: delegados del primer ministro, ministros, gobernadores de las Wojwodías y delegados de estos gobernadores, editores jefes de prensa, radio y televisión. Al mismo tiempo, en la administración local, fueron expulsados alrededor de 200 alcaldes y cerca de 650 directores de medias y grandes organizaciones económicas.

En las administraciones económica y estatal (excluidas las empresas), entre 1981 y 1982, se redujeron en 22.000 personas. Ya sólo sobran 156.000. La administración central disminuyó en 1.800 personas, pero todavía la administración de las empresas estaba superpoblada. Los políticos gobernantes se consolaron con el hecho de que Polonia tiene la más baja proporción de funcionarios dentro de los países del bloque soviético (en 1981, 38 por cada 10.000 ciudadanos; en 1982, 36). En Bulgaria, en 1981, el porcentaje era de 61, en Rusia de 60, en Checoslovaquia de 49. A pesar de esta ventaja, la cantidad de trabajadores de la industria estatal decrecía más rápidamente que la de funcionarios. En 1983, en la industria polaca trabajaban 4,5 millones de personas, incluyendo 880.000 no obreros. De este último grupo, 270.000 habían sido funcionarios de la administración.

A pesar de las antes mencionadas reducciones en número y a pesar de algunas degradaciones *personales*, se habían consolidado el poder y la influencia de la burocracia estatal como un *todo*. La ley marcial supuso una cómoda cobertura para los autores de decisiones arbitrarias. La distribución de bienes, dirigida centralmente, y los denominados programas operacionales (en economía), dieron más poder al gobierno y a sus funcionarios. La inversión de valores y la escasez de dinero favorecieron profundamente una arraigada vuelta al centralismo económico. Tal idea de una economía centralmente controlada pudo dar más poder sólo a la administración del Estado, no al aparato del Partido (en 1983, el aparato del POUP empleó a 11.600 personas, alrededor de 600 en el Comité Central).

Las intervenciones de los secretarios del Partido en los impuestos de los directores de empresa o de los funcionarios estatales fueron más bien raras. Las presiones telefónicas (por ejemplo, órdenes como «usted debe hacer esto y esto, ¿entiende, camarada?») se usaban con precaución porque no eran efectivas. La burocracia estatal y económica no tenía miedo de los funcionarios del Partido, como en los últimos más de treinta años después de 1945. Sólo prestaban una pequeña atención a las órdenes secretas y a las amenazas de los secretarios del Partido. Quien tiene dinero, tiene hoy más influencia y respeto que quien sólo tiene fórmulas mágicas, el lenguaje anticuado de la ideología y un prestigio público extremadamente bajo.

La autonomía burocrática del Estado contra los funcionarios del Partido es sólo un efecto planeado de las normas del equipo de Jaruzelski. Un efecto de varios factores:

1.º El significado de la corrupción y represión que tiene ahora la burocracia estatal y la policía de seguridad son realmente más importantes que las manipulaciones ideológicas del aparato del Partido. En efecto, Polonia empezó a ser una extraña mezcla de Estado social corruptible y policía estatal que presiona a los ciudadanos a obedecer por medio de la fuerza bruta.

2.º Se puede observar una evolución de una a dos nomenclaturas diferentes. En todos los sistemas comunistas sólo hay una nomenclatura: la supervisión por el Partido de cada nominación o degradación de los más altos funcionarios. Especialmente en Polonia, el Parlamento pasó factura a los funcionarios estatales. Había otras normas reguladoras de las profesiones en el servicio civil y en la economía estatal. Estas normas están formando un principio de segunda nomenclatura que puede llamarse la nomenclatura estatista. Esta es más sensitiva a la técnica profesional de sus miembros y necesita menos lealtad ideológica que la nomenclatura del Partido. Quizá es el primer paso en el camino desde el Comunismo de Partido, con su monopolio completo del mismo, hacia el Comunismo de Estado, donde el Partido no

significa controlar todas las esferas de la actividad estatal (Morawski, 1982).

3.º Un importante factor de la erosión del comunismo de estilo soviético es la desintegración ideológica. La administración del Estado es menos doctrinaria que los funcionarios del Partido. Y la revolución de agosto, junto con la posterior ley marcial, comprometió finalmente la ideología de los comunistas en la opinión de los obreros. Ahora es una suerte que, en lugar de la fraseología ideológica, se implantara el pragmatismo y la flexibilidad. La obsesión política estalinista, sobrante de conservadurismo y acumulación de poder, puede reemplazarse por la restauración de una racionalidad económica. Si tal reemplazo puede darse, la cuestión básica será «cuánto cuesta» o «quién ganará y quién perderá», más que «quién manda aquí». Puede ser un primer paso en la transición de la burocracia política dictatorial hacia una tecnocracia represiva. Desde la ideología comunista hacia el germen del racionalismo económico, unido a la política económica y de mercado.

Para ser preciso, en el sistema de la ley marcial, cuerpos de oficiales del ejército, al principio no habían sido más que lo que fueron en diciembre de 1981: el escudo protector de los grupos más importantes en el sistema del poder, a saber, el Partido, el gobierno y la policía. A pesar del hecho de que algunos generales y coroneles tenían en 1982 cargos de secretarios del Partido, o cargos ministeriales, y muchos otros oficiales fueran comisarios de empresa o urbanos, el ejército no gobernó en Polonia. Los oficiales aún estaban en el cuarto lugar del nivel más alto de la élite del poder, y fueron los perdedores porque durante largo tiempo —si no siempre— carecieron de prestigio público a causa de su profesión. Perdieron más que ganaron. Los primeros vencedores durante la primera fase de esta extraña guerra fueron los burócratas del gobierno civil y los profesionales de la policía, que ampliaron o estabilizaron su poder. No gozaban de ningún prestigio o simpatía públicos, por tanto, no lo perdieron.

Pero en 1983 cambió la situación. Cada vez más oficiales fueron promovidos a cargos directivos en el Partido, Estado o economía. En otoño de 1983, tres ministros, muchos diputados ministeriales, el presidente de la Oficina General de Control, once gobernadores de las Wojwodias (entre ellas las de Gdansk, Warsaw y Katowice) y dos primeros secretarios de las Wojwodias, tuvieron tropas a su cargo. A varios jefes de división en el Comité Central se les llamaba «hombres del general». En total, dentro del aparato económico estatal hay ahora casi 5.000 oficiales o ex soldados profesionales. Varios cientos de soldados que en 1982 prolongaron obligatoriamente su servicio, y fueron usados en las operaciones de pacificación, han sido rápidamente instruidos como cuerpos de policía de choque, o en cursos

de la administración y nominados —ahora ya sujetos civiles— como directores de empresa o administrativos de comunidades.

No se puede encontrar una verdadera fecha oficial del comienzo de la participación de los militares en el aparato estatal, porque jamás se publicó. Quizá porque los oficiales del ejército no querían perder su poco prestigio público, ni aumentar la desconfianza social hacia el ejército.

El impredecible efecto de la ley marcial fue una limitación de las normas tradicionales que imponía el comunismo soviético: la clase dirigente como un solo hombre, desde arriba hasta abajo en la jerarquía del poder. Según esta regla, en cada nivel de la estructura del poder (central, provincial o local) puede existir sólo una persona que tome todas las decisiones importantes y ésta ha de ser el primer secretario de la célula del Partido. Tal jerarquía de personas nominadas por los jefes de las altas esferas existe todavía en la URSS y en otros países del Este europeo. En Polonia, tal norma se observa en el más alto nivel, dónde el poder se concentra en una sola mano, la de Jaruzelski, el jefe, el primer ministro y presidente del Comité Militar, que gobierna Polonia en cualquier circunstancia. Pero en los escalones más bajos, en 49 Wojwodias en particular, y en unos pocos miles de comunidades, el liderazgo único del secretario del Partido brilla por su ausencia. En lugar de un líder político, está presente la oligarquía de unos pocos jefes completamente independientes. A este grupo pertenece el gobernador de las Wojwodias, el jefe del cuartel general de la policía local, el primer secretario del Comité de las Wojwodias y, durante la ley marcial, el comisario político.

Este cambio no significa democracia o liberalización. Es sólo una prueba de una nueva estructura de la dominación de la élite del poder; pero en perspectiva, tal división del poder puede crear la oportunidad de una presión social más efectiva sobre las diferentes estructuras del poder. Limitando la influencia del Partido, esta tendencia abre las puertas para la expansión de los grupos de presión. En efecto, es una muestra de cambios en el sistema del poder hacia el corporacionismo.

No se puede ignorar que estos cambios, hechos por necesidad, pueden ser el prototipo de un nuevo sistema de poder para otros países del Este. El rechazo de otras élites del poder, especialmente Checoslovaquia, Alemania Oriental, Rumania y Bulgaria, hacia el nuevo modelo polaco puede probar que otras élites han entendido la lección polaca como un peligroso desafío. Es difícil pronosticar si la evolución que conduce hacia el autoritarismo represivo y a la ampliación de algunas características totalitarias de los sistemas comunistas pueden ser aceptadas por Moscú. Pero algo indica que Moscú tiene cierta voluntad de aceptar, como solución más universal, la mezcla de estado social y estado policial que, con indecisión, está intentan-

do reformar su economía. El motivo básico de tal aceptación es, probablemente, un amplio vacío tecnológico entre el Este y el Oeste y una baja productividad de los sistemas comunistas, peligrosos para la posición imperial de la URSS.

BIBLIOGRAFIA

- ARATO, A. (1982): «Empire vs. Civil Society: Poland 1981-82», *Telos*, vol. 14, número 4/50.
- KOSTECKI, M. J. (1982): «Revolt of the Incapacitated: Inter and Intraorganizational Consequences of the Polish Summer 1980'», *Journal of Peace Research*, vol. 19, núm. 2.
- KUCZYNSKI, W. (1981): *Po wielkim skoku*, Warszawa.
- LAMENTOWICZ, W. (1981): «Un modelo político para Polonia», *Cambio* 16, 9 de febrero.
- MARODY, M., y otros (1981): *Polacy 80*, Uniwersytet Warszawski (mimeo).
- MORAWSKI, J. (1982): «¿Quién gobierna en Polonia: el Ejército o el Partido?», *El País*, 26 de febrero.
- NUTI, D. M. (1981): «Poland: Economic Collapse and Socialist renewal», *New Left Review*, núm. 130, noviembre.
- RAINA, P. (1981): *Independent Social Movements in Poland*, Londres. *Rzeczpospolita*, 25 febrero 1982.
- STANISZKIS, J. (1982): «Martial Law in Poland», *Telos*, vol. 16, núm. 1/54.
- STANISZKIS, J. (1983): *Poland's Self-limiting Revolution*, Princeton.
- TOURAINÉ, A.; DUBET, F.; WIEVIORKA, M., y STRZELECKI, J. (1982): *Solidarity. The Analysis of the Social Movement: Poland 1980-81*, Cambridge.
- WOODALL, J. (ed.) (1982): *Policy and Politics in Contemporary Poland. Reform, Failure, Crisis*. Londres.
- «Życie i Nowoczesność», supplement to the daily newspaper *Życie Warszawy*, 11 noviembre 1981.

(Traducido por JUAN GARCÍA COTARELO.)